

# La lectio del Evangelio en las distintas etapas de formación de la vida consagrada y de la vida seminarística

## PREÁMBULO

El presente texto es una reflexión sobre la relevancia de la Palabra de Dios en la vida eclesial, aportando una propuesta de *lectio divina* con *lectio continua* de los cuatro evangelios para las diversas etapas de formación de la vida consagrada y del ministerio ordenado. Por límite de espacio me ceñiré a los aspectos más esenciales al respecto.

## INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Comenzar la presente reflexión evocando el acontecimiento eclesial más importante del siglo XX<sup>2</sup>, y tal vez de los últimos siglos, es hacer mención agradecida de un momento histórico del que quisiéramos partir y que fue de absoluta relevancia para toda la Iglesia Pueblo de Dios-Cuerpo de Cristo, y también para el mundo entero<sup>3</sup>. Nos referimos al Concilio Vaticano II –“primavera eclesial”, en feliz expresión de san Juan XXIII<sup>4</sup>–, con el que los cristianos iniciábamos una nueva etapa buscando volver a los orígenes más puros del acontecimiento pascual desde las fuentes primigenias del cristianismo.

Resulta particularmente significativa la alusión a la Palabra del Evangelio (y a la necesidad que el mundo tiene de él), que la célebre *Constitución apostólica* “*Humanae salutis*” (25.XII.1961) del Papa Roncalli, hace en sus números 1 y 3, convocando a toda la Iglesia a la celebración del Concilio Ecuménico: “La Iglesia asiste en nuestros días a una grave crisis de la humanidad, que traerá consigo profundas mutaciones. Un orden nuevo se está gestando, y la Iglesia tiene ante sí misiones inmensas, como en las épocas más trágicas de la historia. Porque lo que se exige hoy de la Iglesia es que infunda en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio” (n. 3).

Tras la convocatoria (1959) siguieron tres años de intensa preparación y cuatro fructíferas etapas conciliares (1962-1965), capitaneadas principalmente por el Papa san Pablo VI a quien Dios encargó la ardua tarea de pilotar el Concilio, llevarlo a buen término y encauzar el comienzo de su aplicación en la Iglesia. El 8 de diciembre de 1965 se clausuraba este histórico acontecimiento, comenzando así la “quinta etapa”, tiempo donde crecer y desarrollar lo sembrado pródigamente durante aquellas asambleas sobre las que aleteaba el Espíritu<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> Siempre que citemos aquí la “Palabra de Dios” nos estamos refiriendo a los textos de la Sagrada Escritura.

<sup>2</sup> Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente*, 18.

<sup>3</sup> Por *histórico* no entendemos sólo el hecho acontecido en las coordenadas espacio-temporales, sino el hecho más el significado y la trascendencia del mismo (cf. C.H. DODD, *Storia e Vangelo*, Brescia 1976, p. 23).

<sup>4</sup> San Juan XXIII refiere el término “nueva primavera” sobre todo a los efectos que debe producir el Concilio en la Iglesia (Cf. SAN JUAN XXIII, Motu proprio *Supernu Dei* 5 junio 1960, y Carta al cardenal Fernando Cento, 16 julio 1962).

<sup>5</sup> La Providencia nos regalará después tres grandes pontífices que desarrollaran todo el Concilio Vaticano II es su ímproba misión petrina sobre la Iglesia Universal: san Juan Pablo II, el Papa de la *esperanza*; Benedicto XVI, el Papa de la *fe*, y actualmente Francisco, el Papa de la *caridad*.

Narran los anales de la historia un gesto profundamente significativo que se repetía al comienzo de cada sesión conciliar: se entronizaba procesionalmente la Biblia; después quedaba abierta sobre un atril en la basílica de San Pedro convertida en aula magna del Concilio<sup>6</sup>. Ese gesto, diariamente repetido, era viva expresión de lo que el Espíritu quería hacer en su Iglesia, al tiempo que recordatorio simbólico para los Padres de que el propósito de aquel Concilio era eminentemente pastoral y, por lo tanto, una de las tareas principales de los Pastores dentro de esa misión de pastorear al Pueblo de Dios era la de partir el pan de la Palabra, abrir las Escrituras y alimentar espiritualmente a todo el rebaño encomendado. Aquel gesto era una profecía: anunciaba lo que había de venir porque Dios mismo lo estaba comenzando... y ya estaba aquí<sup>7</sup>. Lo expresó muy bien Benedicto XVI en un *Discurso* al clero de Roma evocando aquel gesto conciliar tan lleno de significado: “Esta entronización litúrgica de la Palabra de Dios cada día durante el Concilio era siempre para nosotros un gesto de gran importancia: nos decía quién era el verdadero Señor de esa asamblea; nos decía que en el trono está la Palabra de Dios y nosotros ejercemos el ministerio para escuchar y para interpretar, para ofrecer a los demás esta Palabra. Entronizar en el mundo la Palabra de Dios, la Palabra viva, Cristo, es muy significativo para todo lo que hacemos. Que sea él realmente quien gobierne nuestra vida personal y nuestra vida en las parroquias”<sup>8</sup>.

La decisión del Concilio en este aspecto –como en otros– fue trascendental<sup>9</sup>, pues el papel que la Escritura había desempeñado en la Iglesia católica –a nivel pastoral, principalmente– a partir de la llamada Reforma luterana del siglo XVI, fue limitado. El teólogo Karl Rahner (1904-1984) hizo entonces un juicio valorativo del pasado, señalando el Concilio como ocasión idónea para superar dichas limitaciones: “los protestantes, en la Reforma, cogieron el Libro y nosotros, los católicos, el Sacramento, para empobrecimiento de ambos”<sup>10</sup>. Se abría entonces la esperanza de recibir el don de un equilibrio luminoso y salvífico siguiendo los caminos que el Espíritu marcara a su Iglesia. Hoy podemos decir que ese tiempo ya ha llegado, feliz y plenamente... que estamos de lleno en él.

El 6 de octubre del año 2006, casi medio siglo después del citado Concilio, el Papa Benedicto XVI anunciaba su decisión de convocar la XII Asamblea General Ordinaria de Obispos sobre “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Dos años antes (12 de febrero de 2004), el Papa san Juan Pablo II hacía también su particular anuncio para convocar la XI Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos centrada en el tema: “La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y la misión de la Iglesia”. Llama la atención la profunda similitud de los títulos de ambos Sínodos y la correlatividad de la celebración de los mismos. La Providencia quiso que dos de los tres primeros Sínodos del s. XXI, centrados en la *dos Mesas* del alimento para el cristiano (el Pan de la Palabra y el Pan de la Eucaristía), fueran presididos y abanderados por el Papa Benedicto XVI, quien con las posteriores exhortaciones apostólicas (*Sacramentum Caritatis* 22-II-2007 y *Verbum Domini* 30-IX-2010) marcó claramente el rumbo luminoso a seguir para toda la Iglesia y todos los cristianos en los años venideros, orientando con luz propia nuestro peregrinar

---

<sup>6</sup> Cf. Revista ECCLESIA, sábado 13 de octubre de 1962, Año XXII, número 1.109, pág. 13 (1287)

<sup>7</sup> Cf. OBISPOS ITALIANOS, *Mensaje* en la LV Asamblea Plenaria -16. XI. 2005- (Cf. *Vida Religiosa*, sept-oct 2005, cuaderno 5 / vol. 98, p. 18ss).

<sup>8</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los Párrocos, Sacerdotes y Diáconos de la diócesis de Roma*, 7 de febrero de 2008 (Cf. [http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/february/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20080207\\_clergy-rome.html](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/february/documents/hf_ben-xvi_spe_20080207_clergy-rome.html)).

<sup>9</sup> Cf. CONCILIO ECUUM. VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 1. 24.

<sup>10</sup> Cf. ALONSO SCHÖKEL, L. y otros: *La Palabra de Dios en la Historia de los hombres*. Bilbao 1991, Mensajero.

por este mundo. Palabra y Eucaristía, Eucaristía y Palabra, son realidades sacramentales inseparables, presencias de Cristo en medio de su Pueblo<sup>11</sup>. *Dos Mesas* en las que se reparte el único Pan de Vida Eterna que es Cristo mismo, alimento de salvación para todo hombre.

En la actualidad, el Papa Francisco, cogiendo el relevo de sus predecesores, hace de la Palabra de Dios el centro, fuente y culmen de toda su predicación y de todo su magisterio, el cual escribe siempre a la luz de la Palabra<sup>12</sup>. Recientemente (30.IX.2019) con la carta apostólica *Aperuit illis*, Francisco ha querido poner de nuevo sobre el candelero eclesial la absoluta importancia de la Biblia, estableciendo “que el III Domingo del Tiempo Ordinario esté dedicado a la celebración, reflexión y divulgación de la Palabra de Dios”<sup>13</sup>. En esta carta apostólica, Francisco retoma y reafirma la convicción que ya nos manifestó Benedicto XVI acerca de la virtualidad performativa de la Palabra de Dios<sup>14</sup>. ¿Qué significa esto?: que la Palabra siempre es viva y eficaz (cf. *Heb* 4, 12), y cumple lo que anuncia en quien la acoge, la aguarda y busca ponerla en práctica; no acontece esto *ipso facto*, sino que la Palabra acogida es el inicio de un proceso de desarrollo, como la semilla depositada en la tierra. Especialmente “en el acto litúrgico, la Palabra de Dios va acompañada por la íntima acción del Espíritu Santo, que la hace operante en el corazón de los fieles”<sup>15</sup>. La misma Escritura nos lo dice: “Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo” (*Is* 55, 10-11). La Palabra de Dios es una realidad absolutamente ineludible en el proceso de formación cristiana y en la formación de la vida consagrada y del ministerio ordenado.

## 1. La Palabra de Dios en la formación inicial y permanente

Los procesos de formación inicial, especialmente en los noviciados y juniorados de la vida consagrada y en los seminarios diocesanos donde se prepara a los futuros sacerdotes, son procesos de transformación de la propia vida, reformatión de las costumbres y conformación con Cristo, y cada casa de formación es como un *Nazaret* donde se aprende las actitudes María respecto de la Palabra: escucha, acogida, fe y puesta en práctica<sup>16</sup>. Es

---

<sup>11</sup> Cf. CONCILIO ECUM. VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 21. Y FRANCISCO, Audiencia general, 3 de abril de 2013.

<sup>12</sup> Basta con dejar constancia aquí de las numerosas citas bíblicas que acompañan a algunos de los grandes documentos pontificios del Papa Francisco: Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), 204 citas de la Sagrada Escritura; Exhort. Apost. *Amoris laetitia* (2016), con 267 citas de la Biblia, dedicando en concreto el capítulo primero a buscar *la luz de la Palabra*, y el capítulo cuarto a glosar el texto paulino del llamado *Himno a la Caridad*; Exhort. Apost. *Gaudete et exultate* (2018), 178 citas bíblicas; Exhort. Apost. *Christus vivit* (2019), 149 citas de la Escritura.

<sup>13</sup> FRANCISCO, Carta apostólica *Aperuit illis* (2019), n. 3.

<sup>14</sup> Cf. FRANCISCO, Carta apost. *Aperuit Illis*, 2. También BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. *Verbum Domini*, 52-53. Y BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe Salvi* (2007), n. 2.

<sup>15</sup> BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. *Verbum Domini*, n. 52.

<sup>16</sup> Si el Concilio Vaticano II, inaugurado el 11 de octubre de 1962 –entonces fiesta de la Maternidad de María– concluyó el 8 de diciembre de 1965, solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen, significa que la Virgen no era sólo un “marco mariano” sino una orientación para todo el camino conciliar y postconciliar. Ella es *Mater Verbi Dei* (cf. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. *Verbum Domini*, nn. 27-28). Ello “nos remite a la imagen de la Virgen que escucha, que vive la palabra de Dios, que guarda en su corazón las palabras que le vienen de Dios y, uniéndolas como en un mosaico, aprende a comprenderlas (cf. *Lc* 2, 19.51); nos remite a la gran creyente que, llena de confianza, se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad; nos remite a la humilde Madre que, cuando la misión del Hijo lo exige, se

en cada comunidad donde la Palabra de Dios, que se entrega como alimento diario, debe considerarse como realidad formativa por excelencia, pues inspirada por el Espíritu Santo espira el mismo Espíritu (el auténtico *Formador*)<sup>17</sup> y busca corazones que la quieran acoger para obrar en ellos ese triple movimiento formativo al que hemos aludido (reformación, transformación, conformación). Poco a poco, procesualmente... pero también imparablemente. Y eso no solo en la formación inicial sino durante la formación permanente, que dura toda la vida.

En quienes siguen a Cristo desde una especial consagración, la vida en el Espíritu tiene la primacía, y ello supone atender a las insinuaciones cotidianas de la Palabra de Dios<sup>18</sup>. La vida consagrada “nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. En este sentido, el vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte en *exegesis* viva de la Palabra de Dios”<sup>19</sup>.

Cuando se trata de la formación de los ministros ordenados, la Escritura ha de ser el alma de su formación teológica y la columna vertebral de su formación ministerial<sup>20</sup>. La Iglesia sabe que “la Palabra de Dios es indispensable para formar el corazón de un buen pastor”<sup>21</sup>, pues “el sacerdote es, ante todo, ministro de la Palabra de Dios; es el ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino [...] y necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: *la mente de Cristo* (1Cor 2, 16) [...]; solamente permaneciendo en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la verdad y será verdaderamente libre”<sup>22</sup>.

La vida de especial consagración y la vida de los ministros ordenados requiere ser *consagrados en la verdad*; esa verdad que consagra es la Palabra de Dios (cf. *Jn* 17, 17). Así, unos y otros, junto con los bautizados, todos discípulos de Cristo, son “sumergidos en lo íntimo de Dios mediante su inmersión en la Palabra de Dios, que es el baño que los purifica, el poder creador que los transforma en el ser de Dios”<sup>23</sup>.

## **2. La *Lectio divina*, el modo más adecuado de relación con la Palabra**

La Iglesia quiere que las comunidades cristianas recorran un itinerario personal y comunitario con respecto a la Palabra de Dios, de modo que ésta sea realmente el fundamento de la vida espiritual<sup>24</sup>. Además de encontrar la eficacia formativa y salvífica de la Palabra de Dios en la acción litúrgica, donde Cristo mismo ejerce su sacerdocio en favor de su Cuerpo que es la Iglesia y en beneficio del mundo entero<sup>25</sup>, también en la *lectio divina* se da un contacto y relación orante con la Palabra divina contenida en las Escrituras, la cual, realizada con frecuencia, con método y con fidelidad, es cauce idóneo para que la Palabra muestre su poder formativo, pues ella es *lámpara para los pasos y luz*

---

aparta; y, al mismo tiempo, a la mujer valiente que, mientras los discípulos huyen, está al pie de la cruz” (BENEDICTO XVI, *Homilía*, 8 de diciembre de 2005).

<sup>17</sup> SAN JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Vita consecrata* (1996), n. 66.

<sup>18</sup> Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhort. apost. *Vita consecrata* (1996), n. 71.

<sup>19</sup> BENEDICTO XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, n. 83.

<sup>20</sup> Cf. BENEDICTO XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, n. 82.

<sup>21</sup> BENEDICTO XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, n. 78.

<sup>22</sup> SAN JUAN PABLO II, Exhort. apost. *Pastores dabo vobis*, (1992), n. 26.

<sup>23</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa Crismal* (9 abril 2009).

<sup>24</sup> Cf. BENEDICTO XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, n. 72. “Junto a los Padres sinodales, expreso el vivo deseo de que florezca una nueva etapa de mayor amor a la Sagrada Escritura por parte de todos los miembros del Pueblo de Dios, de manera que, mediante la lectura orante y fiel a lo largo del tiempo, se profundice la relación con la persona misma de Jesús” (BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, n.72).

<sup>25</sup> CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

en el camino (cf. *Sal* 118, 105), y a su luz vemos nuestra luz (cf. *Sal* 36, 10). Recordemos lo que el apóstol Pablo dice a su querido hijo en la fe, Timoteo: “Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena” (2*Tim* 3, 16-17).

Toda Palabra de Dios con la que nos encontramos a diario en la celebración de los sacramentos, especialmente en cada Eucaristía, en la celebración de la liturgia de las horas, o en la práctica de la *lectio divina*, puede enseñar a vivir, argüir de modo convincente, corregir nuestros yerros, y educar en la virtud a quien la recibe y a quien con ella se confronta. En este sentido, practicar la *lectio divina* de modo adecuado y perseverante es augurio esperanzado de conversión<sup>26</sup>.

La XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos que se celebró en el Vaticano (del 5 al 26 de octubre de 2008) con el argumento *La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia* (2008) y la posterior Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* (2010) del Papa Benedicto XVI, puso de relieve la necesaria recuperación de la antigua y siempre nueva lectura orante de la Palabra de Dios –*lectio divina*– en los diferentes ministerios y estados de vida cristiana<sup>27</sup>. La *lectio divina* no es un método de acercamiento a la Palabra de Dios propiamente (aunque tiene un itinerario metódico), sino que es el modo más adecuado de relación con la Palabra, por ser orante más que estudioso, espiritual más que intelectual, y formativo más que informativo.

Con la *lectio divina* (sin prescindir de la indispensable circularidad entre exégesis, teología, espiritualidad y misión) las características clásicas del estudio bíblico son superadas, no por negación sino por elevación: la *quaestio* se supera con la *lectio*, la *disputatio* con la *meditatio*, y la *instructio* con la *oratio*. La lectura orante de la Escritura no excluye el estudio exegético, sino que lo integra llevándolo a su fin más noble: la contemplación de la verdad revelada<sup>28</sup>. Así, el estudio bíblico y el orar con la Escritura no solo no deben nunca oponerse, sino que, en la conveniente formación de religiosos y sacerdotes especialmente deben sucederse y hasta referirse recíprocamente. La Biblia no se escribió para satisfacer las curiosidades de la inteligencia sino para encarnarse en la vida de los creyentes y llevarlos a la salvación. La Escritura puede dar “la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús” (cf. 2*Tim* 3, 15). Lo más serio de la Biblia no está en la hermenéutica (siendo necesario que ésta se realice y se haga del modo correcto) sino en su práctica; es por esto que la vida de los santos se puede considerar auténtica exégesis viviente de la Palabra de Dios, porque la encarnaron; en palabras de san Gregorio Magno: *viva lectio est vita bonorum*<sup>29</sup>. La vida de los santos, en cuanto a *encarnación* de la Palabra –en concreto *encarnación del Evangelio*–, es la mejor *lectio divina*.

Por otra parte, advertamos que estudiar la Palabra pero no obedecer a la Palabra podrá reportar erudición pero no salvación<sup>30</sup>. En su día, el entonces cardenal Joseph Ratzinger arzobispo de Múnich, en la homilía de la misa de Navidad (25 de diciembre de 1977), comentando el pasaje evangélico en que los magos se acercan al palacio de Herodes en

---

<sup>26</sup> Cf. AMEDEO CENCINI, *La vida al ritmo de la Palabra*, San Pablo, Madrid 2009.

<sup>27</sup> En sus elementos básicos y en su versión más esencial la *lectio divina* está sucintamente explicada y comentada por Benedicto XVI en *Verbum Domini*, nn. 86 y 87.

<sup>28</sup> Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, S. Th. II-II, qq. 179-182. “Es la verdad y no la elocuencia que debemos ir a buscar en las Santas Escrituras” (TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, L. I, cap. V).

<sup>29</sup> BENEDICTO XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, nn. 48-49.

<sup>30</sup> “Obedecer (*ob-audire*) en la fe, es someterse libremente a la Palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma” (CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 144).

Jerusalén para preguntar sobre el nacimiento del Mesías esperado y ya nacido, dijo: "... están allí los escribas, los teólogos, los especialistas en la Sagrada Escritura, que saben todo sobre ella, que conocen todas las posibilidades de interpretación, que pueden decir de inmediato todos los pasajes y que, por tanto, pueden ayudar realmente a los que están en búsqueda. Pero, como dice san Agustín, son indicadores para los otros; indican el camino, pero ellos mismos se quedan donde están. Al final, la Escritura se había quedado para ellos en nada más que un atlas de su curiosidad, un montón de ideas susceptibles de dominarse, sobre las que discutían. La idea de que no solo se debe discutir y conocer la Escritura, sino vivirla, no les venía más a la mente. Una vez más, la pregunta se vuelve hacia nosotros: ¿No estamos también nosotros en la tentación de ver la Sagrada Escritura, la fe de la Iglesia, más como objeto de discusión que como camino de vida? Al distinguir entre los que sabían, pero no actuaban en conformidad, y aquellos que no sabían, pero, como buscadores, encontraron el camino, también nosotros deberíamos reconocer que Cristo no ha querido a la Iglesia para que discuta sobre la Palabra de Dios, sino para que sea un lugar en el que se la viva. En nuestros corazones debería surgir nuevamente la disposición a no considerar la palabra de la Biblia como un objeto de curiosidad junto a muchos otros, sino como la verdad que nos dice qué es un ser humano y cómo puede llegar a serlo logradamente; como la verdad que es camino y que, por eso, plantea una exigencia a nuestra vida, y a la que solo se responde rectamente participando con la propia vida y el propio caminar"<sup>31</sup>.

Especialmente en la formación de los consagrados y de los seminaristas, futuros ministros ordenados, el acceso a la Escritura, en la sinergia del estudio y la oración, ha de derivar siempre en la vida. Conviene que el estudio sea orante, y la oración no prescinda del buen estudio. Esto acontece en la *lectio divina*, y el Papa Francisco nos insta a que la practiquemos<sup>32</sup>. En la formación de los fieles cristianos laicos, en la formación de la vida consagrada y en la de los ministros ordenados, la *lectio divina* se nos ofrece como la forma idónea de relación con la Palabra de Dios, la cual, por la acogida en la fe, va formando el corazón según el estado de vida propio al que cada uno ha sido llamado, conduciendo el discipulado y convirtiéndose en criterio de discernimiento y de comprensión de la realidad<sup>33</sup>. Habrá que evitar siempre en relación con la acogida de la Palabra de Dios, tanto el peligro del *neo-gnosticismo* como del *neo-pelagianismo*, como bien nos advierte el Papa Francisco<sup>34</sup>.

### 3. Lectio divina: el fuego de las Escrituras (cf. Lc 24, 32)

Recordemos el pasaje evangélico de los llamados *discípulos de Emaús*. Sus corazones estaban sumidos en el caos y confusión tras los acontecimientos de la pasión y muerte del Maestro. Habían confiado en el Nazareno y habían esperado que él fuera el liberador de Israel, pero toda su esperanza parecía haberse esfumado tras la ejecución del Galileo, y

---

<sup>31</sup> Siendo ya Benedicto XVI, esto mismo lo expresó de un modo muy claro a la Comisión Teológica Internacional el día en que les comentó el pasaje evangélico en el que el Señor Jesús bendice a su Padre porque ha revelado a los sencillos los secretos del Reino (cf. Mt 11, 25-27): "Con estas palabras, el Señor describe sencillamente un hecho de su vida; un hecho que comienza ya en tiempos de su nacimiento, cuando los Magos de Oriente preguntan a los expertos, a los escribas, a los exegetas, el lugar del nacimiento del Salvador, del Rey de Israel. Los escribas lo saben, porque son grandes especialistas; pueden decir inmediatamente dónde nace el Mesías: ¡en Belén! Pero no se sienten invitados a emprender el camino: para ellos, sigue siendo un conocimiento académico que no toca su vida, se quedan fuera. Pueden dar información, pero la información no se convierte en formación para la propia vida" (BENEDICTO XVI, *Homilía* a la Comisión Teológica Internacional, 1 diciembre 2009).

<sup>32</sup> Cf. FRANCISCO, Carta apostólica *Aperuit Illis* (2019), n. 3.

<sup>33</sup> Cf. BENEDICTO XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, nn. 82-84.

<sup>34</sup> Cf. FRANCISCO, Exhort. Apost. *Gaudete et exultate* (2018), nn. 36-62.

ellos, “incrédulos y tardos de corazón”, no lograban comprender las profecías santas que hablaban del necesario padecimiento del Siervo. Menos todavía podían vislumbrar salvación alguna en una cruz romana. Vencidos por la tristeza, la amargura les embargaba. Hacían un extraño camino; regresaban a la tierra de la que un día salieron precisamente para seguir al Señor. Entonces lo dejaron todo con presteza y alegría... Ahora, en cambio, la mismísima noche se había cernido sobre ellos. Discutían sin sacar nada en claro. De pronto, y sin esperarlo, un caminante se emparejó con ellos. *Sus ojos no podían reconocerle* –asegura el evangelista–, pues la oscuridad del corazón había cegado sus miradas. Una pregunta sobre el tema de conversación que llevaban por el camino posibilitó que aquel enigmático acompañante iniciara la explicación de las Escrituras Santas. *Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.*

Según le oían hablar, una luz comenzó a brillar en sus corazones. Primero una chispa, después una pequeña llama, más tarde un fuego... al final una hoguera. La Palabra de Dios les había dado alcance y se abría paso en sus mentes como la lámpara para sus pasos y luz del sendero incierto. Fueron pasando de la tristeza a la alegría, del abatimiento a la esperanza, de la frialdad a la calidez de una agradable compañía... de la indiferencia al amor. Y el amor les condujo a la fe. *¡Quédate con nosotros!*, suplicaron. Sentados a la mesa lo reconocieron *al partir el pan*. ¡Era Él! Y lo habían descubierto en el pan de la Palabra y en el pan de la Eucaristía. Volvieron a toda prisa a Jerusalén para comunicar a los suyos que el Maestro estaba vivo y que había resucitado; que el testimonio de las mujeres era cierto. La muerte había sido vencida para siempre. La luz brilló en la oscuridad.

En el camino de “los discípulos de Emaús” podemos ver la imagen de nuestro camino espiritual como seguidores del Señor Jesús: camino hecho de Palabra, iluminación desde las Escrituras y reconocimiento de una presencia que cura, recrea, transforma y salva en la Eucaristía (cf. *Lc 24, 13-35*). El pasaje lucano puede servirnos muy bien para comprender por qué la *lectio divina* es en verdad *un camino de luz*. Jesús hizo una auténtica *lectio* con aquellos hombres que caminaban en la oscuridad de sus vacilaciones y en la noche de sus dudas. Es la misma Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras la que ilumina los acontecimientos más oscuros de la existencia, y hace que emerja la verdad profunda que éstos encierran. La *lectio divina* es ese camino de luz que hacemos con Jesús guiados por su Palabra. Veamos brevemente los pasos de la misma según la *Scala claustralium* (“La Escala del Paraíso”) de Guigo II el cartujano<sup>35</sup>.

Un **primer** paso es la preparación (*statio*). La Palabra es esperada; se necesita invocar al Espíritu Santo; cultivar la disposición interior; disponer el cuerpo y el espíritu. Alimentar el deseo. Preparar un lugar. Reservar un tiempo. Guardar silencio. Tomar en las manos el Libro de las Escrituras y descalzarse de todo prejuicio porque el terreno al que nos acercamos es sagrado y vamos a contemplar –como Moisés ante la zarza ardiente– el fuego de Dios, que arde en su Palabra sin consumirse (cf. *Éx 3, 1-6*). *Statio* significa *parada*<sup>36</sup>; necesitamos *parar*, hacer un alto en el camino de la jornada, detenernos ante los ajetreos de cada día y dedicar tiempo a la *lectio divina* que queremos hacer.

En un **segundo** momento hay que entregarse a una lectura reposada (*lectio*), sin prisas. Se trata de captar el significado literal del texto bíblico –lo que objetivamente dice– y vislumbrar ya su sentido espiritual. Una lectura desideologizada. La *lectura* no implica la

---

<sup>35</sup> Cf. JOSEP URDEIX, *Historia de la lectio divina*, Cuadernos Phase 186, Barcelona 2009, 30-36.

<sup>36</sup> De ahí identificar la *estación* de autobús (por ejemplo) con la *parada* del autobús...

exégesis; es entrar en contacto directo con la página, pero no desde una mirada superficial sino *inteligente*, desde la *analogía de la fe* y en comunión con toda la revelación. Dios nos habla en las Escrituras<sup>37</sup>.

El **tercer** paso es la meditación (*meditatio*). Reclama atención y reflexión. *Llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento* –dice santa Teresa de Jesús–<sup>38</sup>. Las palabras leídas en el peldaño anterior, pasan ahora por el entendimiento intelectual para guardarlas en el corazón creyente iluminadas por el Espíritu. Nuestra mente y nuestro corazón se abren así para comprender esas palabras como lo que son: Palabra de Dios para nuestro hoy. La Palabra acampa en nosotros y nos introduce en el misterio de Cristo. La Virgen María es el icono perfecto y pleno de la *meditación de la Palabra*: “Conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón” (Lc 2, 19), donde realizaba un *trabajo* paciente: confrontar palabras y acontecimientos con la Palabra<sup>39</sup>.

Llega un **cuarto** momento, la oración (*oratio*). Es *tratar de amistad con quien bien sabemos que nos ama* –nos dice de nuevo la santa de Ávila–<sup>40</sup>. Es la respuesta al Señor que nos ha hablado primero. La oración brota de la acogida de la Palabra<sup>41</sup>. Dios me ha hablado y ahora yo le respondo. Desahogo ante Él mi angustia, derramo ante Él mi súplica, le agradezco, le pido, le ruego, le bendigo... Si la Palabra ha iluminado mi pecado, le pido perdón y misericordia. Si me ha hecho ver los vacíos de luz y de amor que hay en mí, inicio la súplica, el ruego, la petición. Si me confirma en la bondad y en el bien, le alabo y exulto en su honor. Si pone ante mí la necesidad de mi prójimo, intercedo. Si me suscita el amor, le adoro.

El **quinto** paso-peldaño es la cumbre: contemplación (*contemplatio*). Estamos en lo más alto de la experiencia orante. Nuestra atención y nuestra mirada pasan de la Palabra hablada, leída, escuchada y orada, a Aquel de quien procede. Ante el mismo Dios que nos ha hablado nos arrodillamos para adorar... prosternados ante Él. Ya no leo la Palabra de Jesús, sino que contemplo a Jesús-Palabra<sup>42</sup>.

Un **sexto** momento es para el discernimiento (*discretio*). Una tarea que hemos ido buscando desde el principio y que se nos ha ido regalando desde los comienzos de la *Lectio*. La Palabra no está encadenada ni es letra muerta (cf. 2Tim 2, 9). Y nos hemos encontrado con ella. Es “viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; que penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón” (Heb 4, 12). Ella pone al descubierto la verdad. Me lleva siempre a elegir. Me ofrece dos caminos, y me invita a escoger en libertad hacer lo que el Señor me dice (cf. Dt 30, 15ss / Mt 7, 13-14). El discernimiento es tarea ineludible para que la Palabra dé su mejor fruto en nosotros.

El **séptimo** paso tiene mucho que ver con la comunidad: compartir (*collatio*). A la hora de discernir respondiendo a la Palabra no estoy solo. Puedo y debo compartir con mis hermanos en la fe esa misma Palabra recibida, orada, contemplada y discernida. El Señor Jesús nos asegura que *donde hay dos o más reunidos en su nombre, allí está Él, en medio* (cf. Mt 18, 20). Si Cristo está presente entre mis hermanos reunidos en Su Nombre, ellos

---

<sup>37</sup> “Cristo mismo está presente en su palabra; es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura” (MISAL ROMANO, *Ordenación de las lecturas de la Misa*, 4).

<sup>38</sup> SANTA TERESA DE JESÚS, *Las Moradas, sextas moradas*, cap. 7.

<sup>39</sup> Cf. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. *Verbum Domini*, nn. 27-28. 87.

<sup>40</sup> SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, 8,5.

<sup>41</sup> Cf. MARTÍN GELABERT, *El riesgo de la Palabra. Poder y debilidad de la vida consagrada*, en Revista CONFER, vol. 39, n° 150, p. 47.

<sup>42</sup> Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n° 2715.



corroboran o corrigen mi discernimiento, me iluminan, me alientan, me confirman y son cauce también de la prolongación de la Palabra recibida. Qué bien nos los dice san Gregorio Magno: “Sé realmente que a menudo muchas de las cosas de la Escritura que yo solo no lograba comprender las he comprendido cuando me he encontrado en medio de mis hermanos... Considero como un regalo todo lo que un hermano puede sentir o comprender mejor que yo... y está en la potestad de la verdad el que ella se manifieste por medio de mí a otros o que por medio de otros llegue a mí... unas veces toca a uno, para que escuche con provecho lo que ha hecho resonar por medio de otro; y otras veces toca a otro que haga oír con claridad lo que otros tienen que escuchar”<sup>43</sup>.

Queda el **último** paso, sin el cual el camino recorrido puede frustrarse. Es la respuesta (*actio*); el paso a la vida cotidiana. Desde lo alto de la montaña donde hemos contemplado se nos envía al valle de la vida, a la plaza del pueblo, al hospital, al trabajo cotidiano, a la escuela, a los quehaceres del hogar, a la oficina, a la catequesis con los niños y jóvenes en la parroquia, a los servicios en Comunidad, al taller, al trabajo en la huerta o en el claustro. La contemplación se verifica en la acción, en la misión, en el servicio, en la entrega a la caridad, porque la *lectio* es para la *dilectio*. En la medida que la Palabra –leída, meditada, orada, contemplada, discernida y compartida– se encarna en la vida diaria, se autentifica la *lectio divina* realizada. No es cristiana la lectura-meditación-oración-contemplación que se queda sin llevar a la práctica la Palabra de Dios en la vida diaria (cf. *Sant* 1, 22 / *Mt* 7, 24 / *Lc* 6, 49).

#### **4. Hacer *lectio divina* es construir la casa sobre la roca (cf. *Lc* 6, 12-49)**

Benedicto XVI, en la apertura del Sínodo sobre la Palabra, propuso una meditación sobre los signos de derrumbe que por doquier presenciamos en nuestra sociedad actual y que, por ende, podemos referirla al interior también de la Iglesia: “La Palabra de Dios es el fundamento de todo, es la verdadera realidad. Y, para ser realistas, debemos contar precisamente con esta realidad. Debemos cambiar nuestra idea de que la materia, las cosas sólidas, que se tocan, serían la realidad más sólida, más segura. Al final del Sermón de la Montaña el Señor nos habla de las dos posibilidades de construir la casa de nuestra vida: sobre arena o sobre roca. Sobre arena construye quien construye sólo sobre las cosas visibles y tangibles, sobre el éxito, sobre la carrera, sobre el dinero. Aparentemente estas son las verdaderas realidades. Pero todo esto un día pasará. Lo vemos ahora en la caída de los grandes bancos: este dinero desaparece, no es nada. Así, todas estas cosas, que parecen la verdadera realidad con la que podemos contar, son realidades de segundo orden. Quien construye su vida sobre estas realidades, sobre la materia, sobre el éxito, sobre todo lo que es apariencia, construye sobre arena. Únicamente la Palabra de Dios es el fundamento de toda la realidad, es estable como el cielo y más que el cielo: es la realidad. Por eso, debemos cambiar nuestro concepto de realismo. Realista es quien reconoce en la Palabra de Dios, en esta realidad aparentemente tan débil, el fundamento de todo. Realista es quien construye su vida sobre este fundamento que permanece siempre. Así, estos primeros versículos del Salmo nos invitan a descubrir qué es la realidad y a encontrar de esta manera el fundamento de nuestra vida, cómo construir la vida”<sup>44</sup>.

---

<sup>43</sup> Citado por ARTURO SOMOZA RAMOS, en *Qué es...la lectio divina*, Madrid 2002, 42.

<sup>44</sup> BENEDICTO XVI, *Meditación* durante la Hora Tercia en el aula de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 6 de octubre de 2008. Ya en la misa “Pro eligendo Pontífice” (18 de abril de 2005), J. Ratzinger había proclamado la verdad sobre lo mismo: “Todos los hombres quieren dejar una huella que permanezca. Pero ¿qué permanece? El dinero, no. Tampoco los edificios; los libros, tampoco. Después de cierto tiempo todas estas cosas desaparecen. Lo único que permanece eternamente es el alma humana, el

Tras leer esto nos viene de inmediato a la memoria creyente la expresión del mismo Señor Jesús: *el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (cf. Mt 24, 35 / Mc 13, 31 / Lc 21, 33). Así lo reconocieron también los padres conciliares cuando manifestaron su esperanza en que la Iglesia entera recibiría nuevo impulso de vida espiritual al redoblar la relación creyente con la Palabra de Dios que dura para siempre<sup>45</sup>.

Vivimos en un mundo saturado de velocidad que dificulta la reflexión, la asimilación de contenidos sólidos y duraderos, la integración y unificación de la persona. Todo parece fugaz y efímero, y somos solicitados constantemente para la dispersión y la diversión, en detrimento de la formación y la conversión. Se favorece entretejer una vida sin raíz, inestable, marcada por la prisa, el bullicio, el ruido, la superficialidad y el activismo<sup>46</sup>. Mucha información, escasa formación, y casi nula transformación hacia la plenitud del ser humano que sólo está en Dios. Esta deshumanización nos hace olvidadizos de nuestra fundamental vocación: ser hijos de Dios, discípulos de Cristo, templos del Espíritu... ser *casa de Dios*.

Especialmente el tiempo de la formación inicial (tanto en la vida consagrada como en la vida seminarística) es un tiempo donde ir colocando los cimientos de la propia existencia vocacionada, de modo integral e integrador. Se trata de ir construyendo la casa de la vida cristiana-bautismal, de la vida consagrada y/o de la vida sacerdotal, de modo acertado y consistente. El constructor de la misma es el Señor, pero cuenta con nosotros como *obreros* que deben hacer su trabajo responsable. Nos urge mirar cómo edifica cada uno y cómo siembra cada uno su propia vida. “El que siembra para la carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembre para el espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna” (Gál 6, 8). Necesitamos dejarnos sembrar por Dios y su Palabra, aprender a construir la casa de nuestra vida y de nuestra vocación según la *Christi vivendi forma*.

Lo más importante de un edificio está en sus cimientos; si estos son de mala calidad, el edificio también. Jesús no quiere que la casa de nuestra vida se venga abajo por la falta de fundamento consistente cuando las tormentas, lluvias o vendavales de la existencia irrumpen y los vientos huracanados de la mentalidad mundana nos zarandeen hasta rompernos, o los ríos desbordados de las tentaciones nos aneguen hasta ahogarnos... Cristo quiere que la casa de nuestra vida y de nuestra vocación se mantenga siempre en pie resistiendo a toda adversidad. Por ello nos ofrece un cimiento sólido: sus palabras y su misma vida, especialmente tal y como nos lo transmiten los Evangelios. Éstos son capaces de sustentar nuestra existencia dándole solidez y consistencia como nada y como nadie. Poseen una belleza que cautiva el corazón y son un fuego que enciende, purifica y enardece. Son el *espejo* en el que podemos contemplar nuestra verdadera imagen... la que Dios pensó para nosotros (cf. Sant 1, 22-25).

El Evangelio levanta a los pusilánimes, cura las heridas del alma y puede resucitarnos de nuestras muertes. Tiene vigencia y contemporaneidad<sup>47</sup>. Las palabras que contienen los Evangelios (*palabras de la Palabra*) nos edifican si edificamos con ellas nuestra vida, y ellas mismas tienen el poder de hacernos edificio de Dios si las ponemos en práctica.

---

hombre creado por Dios para la eternidad. [...] todo lo que hemos sembrado en las almas humanas: el amor, el conocimiento; el gesto capaz de tocar el corazón; la Palabra que abre el alma a la alegría del Señor.”

<sup>45</sup> “Así, pues, con la lectura y el estudio de los Libros Sagrados *la palabra de Dios se difunda y resplandezca* [...], llene más y más los corazones de los hombres. Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio Eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la palabra de Dios que *permanece para siempre* (Is, 40,8; cf. 1Pe, 1,23-25).” (CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, n. 26).

<sup>46</sup> Cf. JOAN CHITTISTER, *Escritos esenciales*, Santander 2016, 113.

<sup>47</sup> Cf. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. *Verbum Domini*, 51.

Cristo las pronunció verbalmente y las expresó vitalmente con sus actos, no para saciar nuestra curiosidad espiritual ni para aumentar nuestro saber religioso; tampoco para inaugurar un nuevo y sorprendente código ético o moral. Nos las dio –y murió por hacerlo– pronunciadas y cumplidas en Él para que también en nosotros se hicieran carne, vida, historia. Si “la Palabra se hizo carne” en Cristo (cf. *Jn* 1, 14), de forma semejante está llamada a encarnarse en los cristianos. Debemos ponernos manos a la obra para fundamentar la vida y la vocación con el sólido cimiento de la Palabra de Dios, en especial, de los santos Evangelios. Este trabajo de construcción cuenta con una propuesta: la praxis de la *lectio divina* que encuentra en la parábola evangélica que nos transmitió san Lucas tres acciones necesarias: *Cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca* (*Lc* 6, 48). Estos tres verbos (*cavar, ahondar, poner cimientos*) comportan una ascesis<sup>48</sup>, una tarea por parte del hombre para que la gracia de la Palabra no se frustre en quien la recibe.

### 5. *Cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca* (*Lc* 6, 48)

Profundicemos un poco más en lo que puede significar construir la propia vida (en este caso vida consagrada, vida sacerdotal) con el cimiento de la Palabra de Dios, deteniéndonos en tres verbos de la parábola lucana. Nos situamos en el llamado *Sermón de la llanura* (cf. *Lc* 6, 12-49) y la conocida como “parábola de las dos casas”. Jesús, camino de Jerusalén, va instruyendo a sus discípulos; y siguiendo la pedagogía hebrea, les enfrenta ante una pregunta clave: *¿Por qué me llamáis “Señor, Señor” y no hacéis lo que digo?* (*Lc* 6, 46). A la pregunta de Jesús los discípulos no contestaron nada. Entonces el Maestro les dice una parábola en la que aparecen dos casas: una construida sobre roca, que resiste las adversidades, y otra edificada sobre arena que no resiste lo adverso. Con este símil Jesús traza los rasgos del discípulo sólidamente edificado (escucha al Maestro y actúa según lo escuchado), frente al discípulo cuyo seguimiento está construido sobre arena (escucha, pero no sigue el obrar de Dios, cf. *Sant* 1, 22-25).

En el discipulado lo prioritario es la escucha y acogida de la palabra del Maestro; pero a esta escucha le ha de seguir la obediencia. El primado de la Palabra y su escucha cruza toda la Escritura desde el mandato del *Shemá Israel* (cf. *Dt* 4, 6) hasta la bienaventuranza que proclama dichosos a quienes *escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica* (cf. *Lc* 11, 27-28), pasando por el relato de las bodas de Caná, donde la madre de Jesús dice *Haced lo que él os diga* (*Jn* 2, 5) o la parábola llamada del buen samaritano que concluye con *anda y haz tú lo mismo* (*Lc* 10, 37). Se necesita llevar a la práctica la Palabra. Cuenta el *hacer*, pero éste debe nacer del corazón. Se trata de actuar según Dios. Pero no es un hacer suscitado por un imperativo de tipo moral, sino un obrar como consecuencia de

---

<sup>48</sup> El término griego *askesis*, literalmente significa *ejercicio-ejercitación-entrenamiento*. En el griego clásico se designaba con esta palabra a los *ejercicios* metódicos que servían para el entrenamiento físico de los atletas y los soldados. Por analogía, la filosofía la refiere a los esfuerzos necesarios para adquirir la virtud y alcanzar la sabiduría. San Pablo, al hablar de la vida cristiana, menciona la *carrera de la fe* (cfr. *1 Cor* 9, 22-27), empleando el término en alusión a la necesidad del esfuerzo y la privación que se imponen los atletas en el estadio para correr. Este mismo sentido de *esfuerzo decidido* y *ejercicio esforzado* se puede encontrar en los escritos de los Padres; para ello, la ascesis designa la disciplina de vida ordenada a la perfección evangélica, especialmente en el estado de continencia o en la profesión monástica. Una beneficiosa ascesis es necesaria en toda *lectio divina* que se precie, según la tradición recibida de Guijo II el cartujano con la *Scala claustralium* (cf. JOSEP URDEIX, *Historia de la lectio divina*, Cuadernos Phase 186, Barcelona 2009, 30-36). El asceta es aquel que se adiestra en un ejercicio hasta hacerse hábil en una disciplina (cf. AMADEO CENCINI, *El arte del discípulo*, Paulinas, Madrid 2004, 7-9). “La ascesis no es un fin en sí mismo, pero es un *medio* ineludible... y tiene su valor como *medio necesario*, pues orientada adecuadamente hace posible que el cuerpo participe en la vida espiritual garantizando su realismo” (SOR ROCÍO DE JESÚS GONZÁLEZ DE ALEJA, *Ecos desde el silencio*, Monte Carmelo, Burgos 2019, 212).

creer. Así, el corazón que acoge la palabra del Maestro realiza las obras de Dios (cf. *Jn* 6, 24-35).

Son tres las acciones-verbos (con significado propio en la Escritura) que caracteriza a quien edifica su vida con el Evangelio y según el Evangelio: *cavó*, *ahondó* y *puso los cimientos sobre roca*<sup>49</sup>. ¿Qué significado tiene cada una de estas acciones?

#### **a. Cavó (*skapto*)**

En su sentido bíblico este verbo hace referencia no tanto al esfuerzo humano como a la acción de Dios. Este *cavar* evoca al salmista que canta: *Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído* (*Sal* 40, 7). Literalmente el texto dice “me cavaste el oído”. Cavar es abrir la tierra. Pero es Dios quien va horadando el oído del discípulo con su Palabra, hasta que, a base de escuchar, alcance el corazón que, bíblicamente, no es solo ni principalmente la sede del sentimiento o las emociones sino la sede del discernimiento y las decisiones. Antes de discernir y decidir se necesita escuchar, acoger. Por eso, en uno de los cantos del *Siervo* éste dice a Dios: *Mañana tras mañana, despierta* [espabila, desbroza] *tú mi oído, para hacerme escuchar como a un discípulo* (cf. *Is* 50, 4), es decir, para hacerme acoger la palabra del maestro como la acoge un discípulo. El hombre endurece su oído cuando en su ajetreo está disperso y distraído con mil quehaceres. Incluso puede estar muy ocupado en las *cosas de Dios*, pero sin *estar con Dios* porque no acoge lo que quiere Dios; ocupado en *sus cosas*, no vive en *la casa de Dios*, que es la Palabra. No tiene tiempo para sentarse a los pies del Maestro y escucharle acogiendo lo que dice (cf. *Lc* 10, 38-41).

*Cavar* es, pues, dar espacio a la Palabra, escuchar la voz del Señor y no endurecer el corazón (cf. *Sal* 95, 7-8) recibiendo, guardando en el interior lo que se ha escuchado en el exterior. Sin recepción atenta, sin entrar en la profundidad de la lectura y la escucha de la Palabra es imposible construir una vida verdadera, según Dios. La *lectio divina* es un acercarse a la Palabra, leer y escuchar atentamente... es cavar y dejarse horadar el oído por Dios hasta alcanzar el corazón. Es importante escrutar las Escrituras (cf. *Jn* 5, 39), pero sobre todo importa que nos dejemos escrutar por ellas. En la *lectio divina* “cavar” correspondería al primer momento: *statio* y *lectio*, propiamente.

#### **b. Ahondó (*bathyno*)**

El segundo verbo es único en el tercer evangelio y significa *dar profundidad*. En el Nuevo Testamento “profundidad” (*báthos*) hace referencia al ser de Dios y a la hondura de los caminos divinos, en contraposición a la superficialidad de los caminos humanos. El apóstol Pablo expresa esta profundidad de Dios diciendo: *¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos!* (*Rom* 11, 33) *¡Qué profundos sus designios!* Por tanto, el *ahondar* del discipulado consiste en la búsqueda del discernimiento, escrutar los caminos de Dios para descubrir su plan, sabiendo de antemano que *sus planes son más altos que los nuestros* (cf. *Is* 55, 8-9). Si *cavar* es dar espacio a la Palabra y escuchar con el corazón, *ahondar* es dar profundidad a una relación con quien me ha dirigido su Palabra, e ir

---

<sup>49</sup> En el griego original *cavó-skapto*, *ahondó-bathyno* y *puso los cimientos-themelioo*. Para explicar los verbos de este versículo lucano me sirvo de: PILAR AVELLANEDA, *Lectio divina*, Folleto Jornada *Pro Orantibus*, 2011, 8-11.

adquiriendo luz para discernir, recibiendo gracia para decidir, y actuar en consecuencia. En la *lectio divina* esto sería lo correspondiente a la *meditatio* y la *oratio*.

### **c. Poner los cimientos sobre roca (*themelioo*)**

El tercer momento de la construcción discipular consiste en *poner los cimientos sobre roca*, que en el lenguaje bíblico es cimentar la vida sobre Dios y su poder salvador<sup>50</sup>. Israel llamó a Dios “roca mía” no sólo por el poder y la fidelidad del Altísimo, sino porque de la roca brotó el agua que calmó la sed del pueblo en el desierto, y en las hendiduras de la roca encontraba refugio y salvación frente a sus enemigos; y también porque de la miel y el aceite que brotaban de las rocas el pueblo se alimentaba (cf. *Dt* 32, 13; *Sal* 81, 17). En su sentido último, *poner los cimientos sobre roca* es reconocer existencialmente que la firmeza nos la da Dios y viene de Él; que lo que nos hace consistentes es edificar nuestra vida en Él y con Él. Ponemos los cimientos sobre *roca* cuando renunciamos al engaño de la prepotencia y desenmascaramos la trampa de la autosuficiencia; cuando contemplamos más la obra de Dios que nuestras propias obras; cuando confiamos más en Él que en nosotros mismos; cuando creemos que lo que nos ha dicho el Señor se cumplirá (cf. *Lc* 1, 45); cuando vivimos con humildad y dependencia de Él, y no con soberbia y esa autonomía moral que nos lleva a decidir por nosotros mismos sin contar con el Señor.

Dios, la roca de Israel, se reveló en la plenitud de los tiempos en Cristo Jesús. Él es la piedra que desecharon los arquitectos pero que se ha convertido en piedra angular (cf. *Sal* 118, 22 / *Mt* 21, 42). Por tanto, Él es la roca sobre la que edificar nuestra vida y arraigar nuestro seguimiento; Cristo es la plenitud del hombre; no hay otro camino que nos conduzca a una vida plena, consistente, salvada (cf. *Heb* 4, 12). *Poner los cimientos sobre la roca* es ser consecuente con la Palabra del Señor y ponerla en práctica; y eso, en la *lectio divina*, podemos ponerlo en relación con la *collatio* y con el último peldaño de la *scala* que es *actio*.

Cada uno mire cómo edifica su vida (cf. *1Cor* 3, 10); nosotros somos los albañiles, pero sólo el Señor es el arquitecto, sabio y santo, que diseña los planos y nos da, junto con las instrucciones, también los materiales; y no sólo eso, sino lo más importante: nos da su luz, su gracia, su Espíritu para llevar adelante en nosotros la obra. Y todo unidos a Él (cf. *Jn* 15, 4-5) pues *si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles* (*Sal* 127, 1).

## **6. Una propuesta formativa de *lectio divina* y *continua* con los cuatro evangelios, según las etapas de la formación en la vida consagrada y de la formación sacerdotal.**

El redescubrimiento de la centralidad y fundamento de la Palabra de Dios junto a la necesidad de la adecuada formación inicial y permanente en todas las formas de vida cristiana son dos frutos del fecundo y complejo período posconciliar, cosechados en el mismo terreno de renovación eclesial. No se da el uno sin el otro. “La Palabra de Dios es la referencia continua de la vida discipular y de la configuración con Cristo Buen Pastor. Los seminaristas necesitan ser introducidos gradualmente en el conocimiento de la Palabra de Dios, mediante la *Lectio Divina*”<sup>51</sup>.

---

<sup>50</sup> Dios es la *Roca* firme; es un convencimiento que cruza todo el Antiguo Testamento: cf. *Sal* 18, 3 / *Sal* 26, 4 / *Sal* 28, 1 / *Sal* 31, 1-3 / *Sal* 32, 4 / *Sal* 42, 9 / *Sal* 62, 7 / *Sal* 71, 3 / *Sal* 78, 35 / *Sal* 92, 15 / *Dt* 32, 15 / *2Sam* 23, 3 / *Is* 30, 29 / entre otros muchos pasajes.

<sup>51</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El Don de la vocación presbiteral. Ratio formationis institutionis sacerdotalis* (7 diciembre 2016), 103.

Ahora, por medio de un cuadro sinóptico –y una explicación muy sintética– presento una propuesta formativa de lectura orante y sapiencial de los cuatro evangelios canónicos, con la pedagogía de la *lectio divina* en *lectio continua*, durante los procesos de Formación Inicial y Permanente en la Vida Consagrada y, por analogía, en los años de Formación Seminarística, teniendo en cuenta la *Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis* (RFIS)<sup>52</sup>.

Partimos de la misma palabra del Señor Jesús (cf. *Mt* 7, 7) que nos manda *buscar* asegurándonos *encontrar*, y que nos urge *llamar* dándonos la certeza de que se nos *abrirá*. Guigo II el cartujano nos dice que “la *lectura* busca la dulzura de la vida santa, la *meditación* la encuentra, la *oración* la pide y la *contemplación* la saborea. Por eso [...] *buscad* leyendo y *encontraréis* meditando, *llamad* orando y *se os abrirá* contemplando”<sup>53</sup>.

Observemos el *cuadro* y después daremos una sucinta explicación distinguiendo las 4 grandes etapas formativas:

<i>Buscad</i>	<i>Encontraréis</i>	<i>Llamad</i>	<i>Se os abrirá</i>
Lectio	Meditatio	Oratio	Contemplatio
<i>Maestro, ¿dónde vives?</i>	<i>Venid y veréis</i>	<i>Fueron y vieron</i>	<i>Y se quedaron con Él</i>
San MARCOS	San MATEO	San LUCAS	San JUAN
Ver	Escuchar	Saber	Amar
Formación	Reformación	Transformación	Conformación
Etapas vida consagrada POSTULANTADO	Etapas VC NOVICIADO	Etapas VC JUNIORADO	Etapas VC ÓRDENES
Etapas Seminario PROPEDÉUTICA	Etapas Seminario DISCIPULAR	Etapas Seminario CONFIGURADORA	Etapas Seminario PASTORAL
<i>Amar a Dios con todo el CORAZÓN</i>	<i>con toda la MENTE</i>	<i>con todas las FUERZAS</i>	<i>Amar al PRÓJIMO</i>
Ante la esencia misionera de la Iglesia <b>Mc</b> presenta la misión como anuncio, <i>Kerigma</i> . (cf. <i>Mc</i> 16, 15).	En <b>Mt</b> la finalidad de la misión es <i>fundar la Iglesia y enseñar</i> . (cf. <i>Mt</i> 28, 19-20; 16, 18)	<b>Lc</b> presenta la misión como <i>testimonio</i> . (cf. <i>Lc</i> 24, 48; <i>Hch</i> 1, 8)	Para <b>Jn</b> la misión es participación en la <i>comunión</i> del Padre con el Hijo. (cf. <i>Jn</i> 17, 21-23)

**1.** El camino formativo se inicia con la pregunta que los primeros discípulos plantearon a Jesús con la sinceridad de un corazón anhelante de vida plena: *Maestro, ¿dónde vives?* (*Jn* 1, 38); se propone entonces una *lectio continua* (pautada y en profundidad) con el evangelio de **san Marcos**, Buena Noticia para el recién convertido, evangelio del neófito que ha quedado fascinado por la persona de Jesús y desea conocerle para iniciarse en el discipulado, enrolándose en un proceso confiado de *formación*. Es la lectura del joven seducido por el Señor, de quien percibe su llamada y comienza a

<sup>52</sup> Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El Don de la vocación presbiteral*. RFIS, nn. 54-79.

<sup>53</sup> Cf. JOSEP URDEIX, *Historia de la lectio divina*, Cuadernos Phase 186, Barcelona 2009, 32.

conocerle, una lectura *viendo*, sobre todo, lo que Cristo *hace*. Este evangelio podría acompañar todo el tiempo del *postulantado* (y prenoviciado) de la vida consagrada y la etapa *propedéutica* del Seminario, buscando encender un fuego en el corazón que lo lleve al amor de Dios en el seguimiento de Cristo (cf. *Lc 12, 49*)<sup>54</sup>.

2. La lectura se profundiza con la meditación cuando la llamada implica un paso más: el *noviciado* en la vida consagrada y la *etapa discipular* en el seminario<sup>55</sup>. Se propone entonces la *lectio divina* (igualmente reglada y con detenimiento) del evangelio de **san Mateo**, Buena Noticia para el ya iniciado, evangelio catequético por excelencia que se ofrece al catecúmeno-creyente arrastrado por la Palabra de Jesús y su Persona. Estamos ante el discípulo ya introducido en la *reforma* de la propia vida y que, escuchando a Jesús, comienza a cambiar de mentalidad para amar al Señor con *toda su mente* iluminada por las palabras del Verbo. Es la lectura y meditación propia del que (novicio o seminarista en sus primeros años) quiere aprender la enseñanza de su querido Maestro y le *escucha* en profundidad.

3. Quien ya ha visto lo que hace Jesús y ha escuchado lo que dice, puede vivir la relación con él desde la *oración* y el diálogo con el Señor. Se propone en esta etapa la *lectio divina* con el evangelio de **san Lucas** (sistemática y minuciosa), Buena Noticia para el testigo, evangelio del discípulo que ya está siendo transformado por el Espíritu y se adentra en la etapa configuradora con Cristo para amar a Dios con todas sus fuerzas; lectura orante del profeso (primera profesión-junior) y del seminarista que ya ha hecho la *admissio* y se prepara para las órdenes; ahora al seguimiento se le añade la imitación: *sequela et imitatio Christi*.

4. La última etapa de la formación inicial es para quien ya ha decidido quedarse con el Señor, para siempre, *contemplando* su Rostro. Se propone entonces la *lectio divina* (ordenada y contemplativa) con el evangelio de **san Juan**, Buena Noticia para el cristiano adulto, espiritualmente maduro, evangelio del creyente *conformado* con Cristo pobre, casto y obediente, Cristo Sacerdote, entregado a la Iglesia, a la Comunidad del Señor, que ha confesado el amor al Resucitado (*tú sabes que te amo*) y ha recibido la misión pastoral –nacida de la Pascua– como entrega en la caridad: *Apacienta mis ovejas* (cf. *Jn 21, 15-19*).

La propuesta de *lectio divina*, “practicada con fidelidad y diligencia y en la cual confluya también una fecunda reciprocidad entre estudio y oración”<sup>56</sup>, ha de asumir igualmente los principios generales de la RFIS: *unicidad, integralidad, y gradualidad*<sup>57</sup>, y podría darse con una periodicidad diaria, semanal, mensual, o anual, especialmente ésta última con los Ejercicios Espirituales de año (y/o de etapa).

---

<sup>54</sup> “Un doble beneficio proporciona la lectura de las santas Escrituras, sea porque instruye mejor el entendimiento, sea porque conduce al amor de Dios al hombre que ya se ha apartado de las vanidades del mundo” (SAN ISIDORO DE SEVILLA, Libro de las *Sentencias*, III, 8-9).

<sup>55</sup> Etimológicamente *disciplina* deriva de *discipulus*, que en el ámbito cristiano se refiere a los seguidores de Jesús, y está indicando la manera de ser y de actuar de aquel que sigue al Señor y aprende poco a poco el duro arte de la *sequela* (seguimiento) que comportará en alguna medida la *imitatio* (cf. AMEDEO CENCINI, *El arte del discípulo*, Paulinas, Madrid 2004, 5-7).

<sup>56</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El Don de la vocación presbiteral. Ratio formationis sacerdotalis*, 103.

<sup>57</sup> Cf. JORGE CARLOS PATRÓN WONG, *Custodiar y cultivar las vocaciones. Claves para poner en práctica la nueva “Ratio Fundamentalís”*, EDICE, Encuentro de Formadores 13, Madrid 2019, 11-22.

## Conclusión

“Con la luz y la fuerza de la Palabra de Dios, la propia vocación [consagrada y/o sacerdotal] puede descubrirse, entenderse, amarse, seguirse, así como cumplir la propia misión, guardando en el corazón el designio de Dios, de modo que la fe, como respuesta a la Palabra, se convierta en el nuevo criterio de juicio y apreciación de los hombres y las cosas, de los acontecimientos y los problemas”<sup>58</sup>.

El arzobispo de Valencia D. Antonio Cardenal Cañizares Llovera, en su Carta Pastoral titulada *¡Levantaos, vamos!*, insta a la práctica de la *lectio divina* para conocer, difundir y asimilar la Palabra de Dios como gracia de renovación de toda la comunidad eclesial<sup>59</sup>.

A mi arzobispo D. Antonio, al querido y admirado Benedicto XVI, y al Papa Francisco se dirige mi sincera gratitud por este recordatorio permanente a volver a la *lectio divina*, como camino de luz y vida con la Palabra de Dios.

*Rafael Belda Serra, CVMD*<sup>60</sup>

---

<sup>58</sup> BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. *Verbum Domini*, n. 82.

<sup>59</sup> Cf. ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA, Carta Pastoral *¡Levantaos, vamos!*, Valencia 2019, n. 47c.

<sup>60</sup> Educador y formador, es profesor de teología de la vida consagrada en la UESD, coordina el plan de formación teológica para la vida contemplativa *Sapientia amoris*, y dirige el departamento de Formación en el secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada (CEE).